

«Cantar el mismo verso con distinta agua»^{*} : La XXI edición de las Edades del Hombre

Javier García-Luengo Manchado

Universidad Internacional Isabel I
E-mail: Javier.garcia.luengo@ui1.es

edades del
hombre

Recibido: 5 de septiembre de 2016
Aceptado: 30 de septiembre de 2016

RESUMEN: El presente artículo ofrece un balance de lo que ha supuesto *Aqva*, la XXI edición de las Edades del Hombre, que este año se ha celebrado en la localidad zamorana de Toro. Además de recensionar su discurso expositivo, destacando la principales piezas exhibidas, se ofrecen algunas reflexiones de índole museográfica en el contexto del arte sacro.

PALABRAS CLAVE: Agua, arte sacro, Bautismo, Edades del Hombre.

El 14 de noviembre concluye la XXI edición de las Edades del Hombre, que este año se ha celebrado en la localidad zamorana de Toro. Es hora, pues, de hacer balance de la que desde hace tiempo se ha convertido en una de las principales citas anuales para los fieles y los amantes del arte sacro.

Precisamente, en el Año de la Misericordia, en medio de un mundo tan necesitado de ella, sorprendió el tema elegido: *Aqva*. Este era el título de una exhibición que invi-

taba a realizar un recorrido a lo largo de la historia de la salvación y, por ende, de la propia humanidad, a través del agua, elemento que evidentemente en el discurso soteriológico adquiere unas claras connotaciones simbólicas y sacramentales. La justificación de tal temática, según José Ángel Rivera de las Heras, comisario de la muestra, se debe a la importancia geográfica, antropológica y cultural que el Duero tiene en la provincia de Zamora, río que, como otrora escribiera Gerardo Diego, ha venido

^{*} Tomado del *Romance del Duero* de Gerardo Diego, incluido en su libro Soria. *Galería de estampas y efusiones* (1923).

cantando el “mismo verso con distinta agua” a través de los siglos en las riberas toresanas.

1. Distribución y descripción

La muestra se dividió en seis capítulos, cuatro de los cuales se ubicaron en la Colegiata de Santa María la Mayor, magnífico ejemplo arquitectónico del siglo XII en cuyos elementos constructivos se aprecia una clara transición del románico al gótico. Las dos últimas secciones hallaban cabida en la Iglesia del Santo Sepulcro, la que en otro tiempo fuera sede del vicario general de la Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén.

El primer capítulo, titulado *El agua de vida*, se desarrollaba ante el imponente *Pórtico de la Majestad* de la Colegiata, conjunto escultórico que nos habla claramente de ese siglo XIII profundamente mariano. Así lo testimonia la Coronación de Nuestra Señora que preside este conjunto, el cual aún conserva buena parte de su rica policromía.

Este ámbito compendiaba sucintamente la proyección histórica y social generada en torno al agua. Las obras aquí presentadas incidían en el valor de las fuentes, los ríos y manantiales en el día a día del género humano. Esta dimensión antropológica no hacía sino poner las bases interpretativas

para comprender mejor el carácter simbólico y trascendental que tal elemento adquiere en el relato bíblico. Desde toscas vasijas de alfarería tradicional hasta sofisticadas copas y jarras procedentes de la Real Fábrica de Cristales de La Granja, testimoniaban la cotidianidad del agua en nuestra existencia, así como su ineludible necesidad en cada una de nuestras jornadas.

Por su parte, una serie de pinturas y dibujos daban buena cuenta de la importancia de ríos, mares y pozos en el milagro de la vida. Justo aquí colgaba el dibujo original que ha servido para anunciar la exhibición, debido a la maestría de Eduardo Palacios, en el cual unas rudas manos se lavan bajo la generosidad cristalina de una fuente. De igual modo, en este mismo espacio, pudimos apreciar el trabajo de una artista ya clásica en las Edades del Hombre: Carmen Laffón, aquí presente a través del óleo *Bajamar en la Jara* (2008). No muy lejos de este cuadro se hallaban tres estudios de Antonio López –*Rosas de Ávila VIII, IX y X* (2014)–, cuyo motivo principal era un sencillo vaso transparente conteniendo un apretado manojo de rosas.

Sabido es que desde la exposición *El contrapunto y su morada*, celebrada en las Catedrales de Salamanca (1993-1994), el diálogo entre el arte contemporáneo y el arte del pasado ha sido un afortunado lugar co-

mún en sucesivas ediciones de las Edades del Hombre. Por supuesto, Toro no ha sido una excepción. Tal diálogo resulta más enriquecedor cuando las creaciones enfrentadas y confrontadas, aun procediendo de periodos y épocas diferentes, mantienen los mismos niveles calidad. Algo que desde mi punto de vista no sucedía en ciertas piezas contemporáneas ubicadas frente o cerca del *Pórtico de la Majestad*, motivo por el cual dichas obras no siempre salían bien paradas en este pretendido contrapunto.

El citado pórtico daba esplendorosa entrada al segundo capítulo de la muestra: *Preparando los caminos*, donde se compilaban las representaciones pictóricas y escultóricas de diferentes personajes y pasajes veterotestamentarios vinculados directa o indirectamente al agua, entendiendo tal elemento como signo del cumplimiento de la promesa salvífica ofrecida por Dios a la humanidad desde el principio de los tiempos.

El recorrido daba inicio con la *Separación de la tierra y de los mares* (segundo tercio del siglo XVII) del flamenco Jacob Bouttats, pasando después por la figura de Noé, aquí presente a través de una talla anónima (h. 1524) procedente la Capilla Dorada de la Catedral Nueva de Salamanca, hasta llegar al propio Moisés, quien precisamente fue salvado de las aguas;

hecho éste que podíamos contemplar a través de un óleo anónimo (h. 1700) original de la Iglesia de los Remedios de Zamora. A tenor de la significación del agua en el relato bíblico, no es extraño que a lo largo del Éxodo hallemos varios episodios donde Yahvé muestre su gloria a través del dominio sobre mares y ríos, siendo Moisés mediador para este fin. Tales proezas convierten al líquido elemento en señal efectiva de la presencia divina, la misma que protegió al pueblo de Israel hasta llegar a la Tierra Prometida. En este sentido, obviamente debemos citar *El paso del Mar Rojo* (h. 1635), que aquí descubriríamos a partir de los pinceles del flamenco Frans Francken, el Mozo. El Éxodo, de alguna manera, no deja de ser un tradición viva, una historia que podemos experimentar en nuestra realidad más inmediata. Casi frente al ya aludido *Paso del Mar Rojo*, se exhibía un audiovisual realizado por *Contra-corriente producciones*, donde se recreaba la citada obra de Francken a manera de *tableau vivant*. Ahora bien, en esta grabación, el pueblo que guiaba Moisés era trocado por los actuales inmigrantes, clara referencia a ese nuevo pueblo que busca su peculiar tierra prometida, ese pueblo que anhela se abran las aguas; las aguas del Mediterráneo en este caso. A pesar de las deslealtades de los suyos, a lo largo del camino hacía aquel país que manaba miel y leche, Dios no

descuidaba a su prole en cualquiera de sus necesidades: les daba de comer el maná o saciaba su sed, según se plasmaba en *Moisés haciendo brotar agua de la roca Horeb* (segundo cuarto del siglo XVII), lienzo conservado en la Catedral de Segovia, perteneciente al taller de Frans Francken, el Mozo. La sed espiritual era la que pretendía satisfacer Juan el Bautista, quien marca el paso del Antiguo al Nuevo Testamento. Él bautizaba en agua, pero ya anunciaba a Aquel que bautizaría en *Espíritu Santo y fuego* (Mt 3,12). No es por ello extraño que al Bautista se le dedicara en exclusiva un amplio capítulo en *Aqua: Los cielos se abrieron*.

En esta sección podíamos admirar un amplio conjunto de tallas y pinturas con la tradicional iconografía del Bautista: vestido con pieles de camello, las carnes delgadas y reseca por la penitencia, mientras que su mano señala el "Agnus Dei", a "Quien no era digno ni de llevarle las sandalias" (cf. Mt 3, 11). Entre las esculturas del Precursor sobresalían la proveniente de la Catedral Nueva de Salamanca de Juan de Juni (h. 1540), la rotunda y humana debida a las gubias de Gregorio Fernández original de Nava del Rey (h. 1626) o la rococó y refinada talla que ejecutara Luis Salvador Carmona (h. 1740), custodiada en la Parroquia de San Sebastián de Estepa. Por su parte, en las pintu-

ras protagonizadas por este mismo Santo brillaba con luz propia *San Juan Bautista en el desierto* (h. 1650) de Francisco de Zurbarán, de la Catedral de Sevilla.

Evidentemente, el momento crucial de la vida de san Juan fue el bautismo de Cristo, comienzo de la vida pública del Redentor. En esta exposición también se ha aglutinado un buen número de pinturas y esculturas consagradas a tal pasaje narrado en los evangelios sinópticos. Dignas de mención son el relieve de *El Bautismo de Cristo* (h. 1620) de Esteban de Rueda conservado en el Museo Nacional de Escultura de Valladolid, o la pintura con semejante iconografía salida de las manos de Pedro de Berruguete (h. 1485), tabla perteneciente a la Colegiata de Santa María del Campo de Burgos. Singular por su maestría y por la frescura de su técnica resultaba el *Bautismo de Cristo* de Mateo Cerezo, el Joven (h. 1660), del Museo de Arte Sacro de Castrojeriz.

Y así, al llegar a la plenitud de los tiempos (Ga 4, 4) nuestro recorrido desembocaba en el cuarto capítulo: *Cristo, fuente de agua viva*. Distintas escenas de la vida del Salvador mostraban otras tantas interpretaciones del agua en el contexto neotestamentario. El agua que lava, que limpia, que purifica, perdona y nos une, es la que hallábamos en el relieve del *Lava-*

torio de los pies (h. 1568) de Juan de Anchieta, guardado en el Monasterio de Santa Clara de Briviesca. Qué mensaje tan diferente este al de aquel otro lavatorio de Pilato, que aquí veíamos en el relieve procedente de santo Tomás Apóstol de Villanueva del Campo, ejecutado por Jaques Bernal (h. 1542); o en *La sentencia* (1925), maqueta de Ramón Núñez Fernández para el paso homónimo que cada Jueves Santo procesiona con la Cofradía de la Santa Vera Cruz por las calles de Zamora.

El agua como metáfora de prefiguración eucarística la encontramos en las *Bodas de Caná* (siglo XVI), copia de Gerard David del Museo de la Catedral de Plasencia, así como en el relieve que de este mismo tema realizara Hipólito Pérez Calvo en 1966 para la Cofradía de Jesús del *Via Crucis* de Zamora. Semejante connotación es la que adquiere el líquido elemento en el pequeño grupo escultórico de *Jesús y la Samaritana* (1999) de Agustín Casillas, perteneciente al Obispado de Salamanca.

«Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al punto salió sangre y agua» (Jn 19, 34). El agua se hace presente asimismo junto a la propia Sangre de Cristo en el acto supremo de la Redención, en el Sacrificio que instaura la nueva y definitiva Alianza. Por tal motivo, este capítulo se cerraba

con el *Calvario* de la Iglesia de San Martín de Pinilla de Toro (h. 1598), obra del escultor Juan Ducete, excepto la Dolorosa, de la mano de Sebastián Ducete. Cristo ya expirado muestra su triunfo desde el madero de la cruz, cuya generosa llaga del costado simboliza la Eucaristía, el Bautismo y su naciente Iglesia.

«Agua del costado de Cristo, lávame». Este verso, tomado de la conocida oración *Alma de Cristo* y difundida en los *Ejercicios Espirituales* de san Ignacio de Loyola, bien pudiera servir de eslabón para unir el capítulo que acabamos de reseñar con la quinta sección de esta muestra, sección que, como antes decíamos, se ubicaba en la Iglesia del Santo Sepulcro de Toro. En efecto, bajo el título *El bautismo que nos salva* –que nos lava–, se exponían pinturas y relieves que plasmaban el bautismo de diferentes santos –san Hipólito, san Francisco de Asís o santo Domingo de Guzmán–, junto a una amplia selección de enseres litúrgicos propios de la celebración de este sacramento. Además de varias pilas bautismales, pudimos admirar también un importante conjunto de orfebrería –conchas bautismales, crismas, acetres e hisopos– realizado por los mejores punzones de escuelas como las de Salamanca, Palencia o Zamora.

Llegamos al final de nuestro recorrido de la mano de los santos: *Renacidos por el agua y el espíritu*. En este caso, los bienaventurados aquí representados guardan una relación específica con el agua y el bautismo. Así se observaban santos pescadores, como *San Andrés* (h. 1630), de la escuela de Ribera, o aquellos otros que ejercían la caridad en el medio acuático, caso de *San Julián* (2016) de Ricardo Flecha, y *San Cristóbal* (1597) del escultor Juan de Montejo, el Viejo. Pero en esta sección descollaban especialmente aquellos santos conocidos por sus conversiones y abundantes bautismos, de tal guisa hallábamos pinturas como la *Apoteosis de San Francisco Javier* (h. 1680) de Claudio Coello, obra custodiada en la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de Valdemoro; o el *Obispo Toribio de Mogrovejo con los indios* (h. 1700), lienzo atribuido a Senén Villa.

2. Valoración

Escribía Jorge Manrique en las famosas coplas dedicadas a su padre que “nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir”. En efecto, el curso de nuestra existencia va a dar a la mar, sin embargo, según hemos visto a lo largo de la historia de la salvación compendiada en *Aqva*, no se trata de un mar de muerte, sino de

un océano de vida y misericordia, sentido último que plasmaba la grácil escultura de Antonio Tomé con la que se cerraba la muestra: Cristo Resucitado.

Aún con el buen sabor de boca que siempre deja una gran exposición dedicada al arte sacro como la que aquí acabamos de reseñar, precisamente por ello surgen algunas cuestiones o ciertos planteamientos que pudieran contribuir a mejorar tan magníficos y encomiables eventos. Se dice que las comparaciones son odiosas, pero no menos cierto es que de la comparación nace el criterio, sobre todo en un campo como el de la exhibición artística. Mientras escribía esta reseña sobre *Aqva*, era imposible no retrotraerme a aquellas magnas ediciones de las Edades del Hombre de Valladolid, Burgos, Salamanca, León, Segovia. Sin restar mérito al notable esfuerzo catequético y difusor del patrimonio eclesiástico que lleva a cabo las Edades del Hombre, antes al contrario, a día de hoy quizá tales muestras, sin cambiar su finalidad, tal vez debieran transformar sus medios: estudiar la calidad de las obras seleccionadas, revisar la redundancia de ciertas piezas en diferentes exhibiciones, entre otros aspectos. Asimismo, habría de replantearse la periodicidad de sucesivas ediciones, para que los siempre

certeros discursos expositivos cuenten con los medios óptimos que a todos los niveles merece el importante patrimonio de las diócesis de Castilla y León. A pesar de que probablemente tales planteamientos conlleven la im-

popularidad de enfrentarse a la principal industria de nuestro país: el turismo, quizá, de este modo, las Edades del Hombre recuperen el lustre y la proyección evangelizadora y artística de ediciones pasadas. ■

SALTERRAE



JAMES R. BROCKMAN

Monseñor Romero

*La biografía del mártir
de América*

416 págs.

Más información, en
www.gcloyola@com

Publicada por primera vez en 1989, la biografía de Monseñor Romero escrita por James Brockman, revisada y actualizada, continúa siendo el retrato definitivo del mártir que llegó a ser «la voz de los sin voz». Brockman nos ofrece una visión panorámica y detallada del arzobispo salvadoreño asesinado a tiros junto al altar el 24 de marzo de 1984 que va más allá de los lugares comunes y supera lo repetido por los grandes titulares, revelando tanto la complejidad como la sencillez de un sacerdote que despertó a la conciencia de los pobres y oprimidos y entregó la vida por su amado pueblo salvadoreño, que lo «canonizó» como «San Romero de América».



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
